

El peso del archivo

Patricio Fontana

Este libro de Félix Weinberg sobre Echeverría entra en serie al menos con cuatro de sus trabajos previos: el ya clásico *El Salón literario de 1837* (1958), el dedicado a Florencio Varela (1970), el consagrado al poeta gauchesco Juan Gualberto Godoy (1970) y uno más reciente sobre José Mármol: *Manuela Rosas y otros escritos políticos del exilio* (2001). Con esos volúmenes, y con otros como la recopilación *La época de Rosas*, de 1967, *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución* comparte no sólo el propósito de darle espesor y retirar del lugar común y de las "hipótesis antojadizas" a la Argentina de las décadas definidas por el fenómeno rosista, sino también –y en especial– el afán por alcanzar ese objetivo a través del trabajo de archivo¹.

En *El salón literario de 1837* se reconstruye en detalle esa efímera pero fundamental experiencia casi exclusivamente a partir de un conjunto de documentos del período: cartas, avisos en diarios, discursos, sueltos de periódicos. En el volumen dedicado a Florencio Varela, los distintos trabajos recopilados eran el fruto de la tenaz lectura de "una completa colección del *Comercio del Plata*" que Weinberg emprendió en 1966 con algunos de sus alumnos de la Universidad Nacional del Sur. Consecuentemente, *Esteban Echeverría...* es, según se informa en la "Presentación", el "resultado de muchos años de estudios e investigaciones en archivos y bibliotecas". Es sintomático, en este sentido, que Weinberg elija, antes que dialogar con las lecturas críticas más innovadoras, como el difundido trabajo de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo "Esteban Echeverría, el poeta pensador", de 1991, hacerlo con ciertas afirmaciones de Ernesto Quesada

¹ Weinberg, Félix. *Sobre Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*. Buenos Aires, Taurus, 2006.

o Adolfo Saldías (es decir, con las perspectivas protorrevisionistas de finales del siglo XIX, que serían retomadas con diversas consecuencias por el revisionismo de los años 30). Es como si Weinberg decidiera *empezar de cero*.

A lo largo de los dieciocho capítulos de la parte central, y en el abundante "Apéndice" documental, se reproducen *in extenso* múltiples documentos hasta ahora inéditos o de circulación muy restringida (tales como la "Sátira a los periodistas argentinos", de 1832) que no sólo apuntalan –a menudo– la configuración del Echeverría propuesto por Weinberg sino que, desde ahora, serán fundamentales para quienes se acerquen al autor de *La Cautiva*. Así, este libro es una evidencia más de una ética del archivo que Weinberg ha venido sosteniendo a lo largo de su carrera como investigador: una ética fundamentada en el principio de que la tarea heurística no debe agotarse en el regodeo fetichista con el hallazgo del documento, sino en una democrática puesta en circulación de esos descubrimientos. Una difusión en la que se cifra, además, un riesgo ante el cual Weinberg no parece amedrentarse (y que es, también, una tácita muestra de generosidad intelectual): permitir que otras matrices hermenéuticas –que otras lecturas– entren en debate con aquella desde la cual él ha encarado la interpretación de las fuentes.

Pero además de esa prepotencia sobre las fuentes de la que surge este trabajo, la confesión de que el libro es "el resultado" de una vida pasada "en archivos y bibliotecas" se advierte tanto en las menciones que sí están al borde del fetichismo ("he visto", "he tenido entre mis manos", etcétera) como en la narración, en ocasiones minuciosa, de los avatares vividos durante esa prolongada convivencia con papeles antiguos. Algunos de estos relatos evocan en el lector los protocolos del género policial (es el caso, por ejemplo, del que ocupa casi todo el capítulo X, dedicado a la resolución del enigma bibliográfico sobre la existencia de una edición española de las *Rimas*); otros, como el del documento que se "extravía momentáneamente" en el Archivo General de la Nación de Montevideo (cap. XV), lo ubican en el inestable terreno de lo fantástico. Así, *Esteban Echeverría...* resulta por momentos, también, una suerte de sesgada autobiografía del Weinberg investigador.

Múltiple, original, coherente

No hay tal cosa como una biografía objetiva y total. Por más exhaustivo que sea, por más imparcial y "documentado" que se declare, todo biógrafo siempre postula una vida de su biografiado, y –debe agregarse– una vida inevitablemente incompleta y arbitraria: una versión. En este caso, la versión de Echeverría que propone Weinberg está estructurada en relación con un propósito manifiesto: "Es hora de que reconozcamos la originalidad y densidad de su pensamiento crítico, que lo ubican a la par de otras grandes figuras argentinas.

Este libro, precisamente, ha querido presentar los rasgos biográficos y, sobre todo, la sorprendente diversidad y coherencia de las ideas de Echeverría ("Presentación"). "Originalidad", "diversidad" y "coherencia" son, entonces, las tres claves que elige Weinberg para representar esta vida de Echeverría.

Weinberg halla una de las modulaciones de esa "coherencia" en lo diverso justamente en el tercer elemento de la triada: la "originalidad". Echeverría, insiste Weinberg, fue coherentemente original. Y aunque esa varia "originalidad" echeverriana no esté asociada siempre a la idea de absoluta novedad (en esto Weinberg es muy cauto), sí se procura demostrar que invariablemente significó, al menos a escala local, la instauración de un comienzo. Y si hasta ahora ese rol pionero había sido generalmente ponderado en función de lo literario y, a lo sumo, de lo doctrinario, en las páginas de este libro Weinberg extenderá esa cualidad a otros ámbitos del quehacer de su biografiado. Con perseverancia, en sucesivos capítulos Weinberg irá construyendo la figura de una suerte de *múltiple precursor* o de *misceláneo innovador*. En literatura, en economía, en política, en historia, en educación e, incluso, en relación con la salida "realista" del problema del rosismo (es decir, la solución vía Urquiza), Echeverría será repetidamente quien "introduce", quien "actualiza", quien "abre", quien realiza "el único aporte existente", quien lleva a cabo aquello que "no tenía precedentes": la "única voz". Así, por ejemplo, cuando Weinberg reseña el interés de Echeverría hacia 1837 en cuestiones económicas no sólo apunta que "era la primera ocasión en que alguien en la Argentina incursionaba -y con solvencia- por tan importantes y hasta insospechados problemas nacionales" [énfasis mío], sino que -anexando a la figura del original la del adelantado- llega a sugerir que, porque "observó la diferencia existente entre lo que hoy denominamos países desarrollados y países en vías de desarrollo", Echeverría "casi resulta un lejano antecesor de Prebisch".

Junto a la "originalidad", la arquitectura de la "coherencia" echeverriana que se reivindica en este libro se vincula fundamentalmente al modo como Weinberg presenta la centralidad de la política en la vida de su biografiado. No debe de haber trabajo sobre Echeverría donde la palabra "política" se repita con tanta insistencia (y, no pocas veces, con el agregado de un complemento significativa: "política en acción"), y donde esa palabra ingrese tan poco conflictivamente, sobre todo en relación con la figura del Echeverría "poeta".

El sustantivo "ideólogo" que aparece en el título puede conducir a un engaño, porque si bien Weinberg se ocupa de exaltar la importancia doctrinaria de la producción de Echeverría, eso no implica, en su caso, presentar a un Echeverría alejado de la política práctica, de la "acción política" (algo que se advierte en reiteradas afirmaciones del tipo: "el realismo político de Echeverría era de lo más alejado de las ensoñaciones visionarias"). Lejos se ubica, entonces, este Echeverría del retratado por Sarmiento en sus *Viajes*: el "manso varón (...) libre de aquellas terrenas ataduras que ligan a los hombres a los

hechos actuales”, el “poeta” que vive “al través de lucubraciones” (un retrato que, según sugiere Juan María Gutiérrez en sus *Noticias biográficas*, era compartido por muchos). Por el contrario, Weinberg interpreta políticamente, como testimonio de compromiso y de lucidez hacia los “hechos actuales”, aun aquellas decisiones de Echeverría que, en un primer momento, podrían considerarse como rechazo –o, al menos, como distanciamiento– de la política. Incluso los silencios de Echeverría –y sobre todo aquellos que caracterizaron sus años de exilio– son para Weinberg “política en acción”. Así, por ejemplo, la temporada que el poeta pasa en la estancia de *Los Talas* entre el 38 y el 39 es leída en clave militante (y militar) por Weinberg: “su exilio en Los Talas no fue de reposo ni de placidez. Los Talas, para Echeverría (...) se había convertido en una *trinchera* solidaria para *combatir* la dictadura. Las distancias eran el eco portador de esos versos que gritaban, alentaban, o *herían* en el Plata” [énfasis mio]. En igual sentido, en relación con los difíciles años del exilio, las ausencias de la cosa pública de un Echeverría imposibilitado por su salud para ofrecer su cuerpo a las milicias antirrosistas –silencios y ausencias evidentes sobre todo en su terminante negativa a participar de la prensa periódica– indican también para Weinberg no un desentenderse de las “ataduras terrenales” sino, por el contrario, una señal de la “clarividencia” de su biografiado: de su compacto “realismo político”.

A la Montevideo sitiada por las tropas de Oribe Alexandre Dumas la llamó *La nueva Troya*. Podemos extender tal símil mitológico y advertir en este Echeverría “clarividente” y esclarecido que postula Weinberg una suerte de Casandra rioplatense que se pasaba por la Montevideo sitiada percibiendo la realidad como ningún otro –ni siquiera aquellos que se consideraban más ligados a las “terrenas ataduras”– era capaz de hacerlo, pero condenado a proclamar verdades que nadie quería, o podía, oír, y que sólo la posteridad, ese consuelo póstumo, ratificaría.

Echeverrías

Resulta difícil advertir en este libro la presunta “cautela hermenéutica” que, según ha escrito María Rosa Lojo en su reseña para el suplemento cultural de *La Nación*, lo caracterizaría. El Echeverría altamente politizado que sugiere Weinberg está lejos de toda cautela en ese sentido. Hay, sí, en la decisión de Weinberg de reproducir la documentación de la que derivan sus afirmaciones, y en su complementaria fruición por difundir aquellas aristas poco divulgadas de la vida de su biografiado –aun aquellas que poco tienen que ver con el “ideólogo”–, una inevitable proliferación de imágenes de Echeverría que horadan la que el propio Weinberg coloca en primer plano. De este modo, en la democrática difusión del archivo, y en la multiplicación de anécdotas y

pormenores biográficos, Weinberg abre el juego y permite que ese consistente "ideólogo" que anuncian el título, la ilustración de tapa y la "Presentación" se diversifique y desarme en varios puntos de fuga. No es, entonces, un mérito menor de este libro que, al terminar de leerlo, surja nuevamente el interrogante: ¿quién fue Echeverría?, ¿el realista político que en primera instancia nos propone Weinberg, o, por caso, el ególatra que recorre obsesivamente los periódicos en busca de cualquier referencia a su persona (es decir, uno de los otros Echeverría que también, aunque más de soslayo, nos ofrece Weinberg)?

La larga nota 8 del capítulo XIX, por ejemplo, difunde un dato que agrega poco al estatuto del ideólogo y mucho a la no siempre despreciable chismografía: la olvidada noticia acerca de la hija de Echeverría. La niña, nos informa Weinberg, casi no conoció a su padre, quien debió dejarla al cuidado de su tío al partir hacia Uruguay, cuando la misma tenía menos de cuatro años. De todos modos, un poco como la borgesiana Emma Zunz y su padre Emanuel, también exiliado, llevó siempre a su progenitor con ella: increíblemente, Echeverría llamó a su hija "Martina Esteban Echeverría".

Otro de los Echeverría menos conocidos que el libro difunde y estudia es el muy popular letrista de canciones, al que Weinberg le dedica un documentadísimo capítulo, y que podría ser el indicio de otro ángulo desde el cual abordar la imagen del poeta.

Finalmente, el último capítulo ("La hora de los triste corazones...") antes de calibrar el "legado" del ideólogo, del "intelectual arquetípico", hurga en facetas más cotidianas y menos trascendentes de su vida. En principio, Weinberg se preocupa por refutar el mito de un Echeverría "presumiblemente misógino". Para esto, notifica con énfasis las "muchas historias de sus amores" y asegura, además, que se trataba "no de amores imaginarios o irreales" sino -y como otra entonación del "realismo" echeverriano- de "amores de carne y hueso".

Como cierre, antes del valiosísimo apéndice documental de casi cien páginas, Weinberg elige detenerse en la miseria que definía la cotidianeidad del Echeverría exiliado. Se trata de un Echeverría extremada y crecientemente pauperizado, que vive con rigurosa austeridad en una "barriada pobre alejada de Montevideo", que se desprende poco a poco de sus libros, que ni siquiera puede afrontar el gasto de "un par de botines" (y que se deja insultar por el zapatero, quien lo acusa de "estafador"), que pasa hasta "dos días sin probar bocado" y que, además, "tenía como una obsesión el no recurrir a nadie". Como en el caso previo de los "amores", nuevamente se nos instala, en el final, ante el cuerpo del "ideólogo". Pero, si en el Echeverría enamorado parece sugerirse una suerte de Casanova rioplatense, este último que Weinberg delinea se asemeja al faquir, al asceta, al artista del hambre; a alguien que, entre la pena y la nada, opta por la segunda. Y es precisamente a esa preferencia a lo que alude una de las últimas citas de su biografiado que Weinberg reproduce: "Qué importa que sea la nada si se acaba el sufrir."

